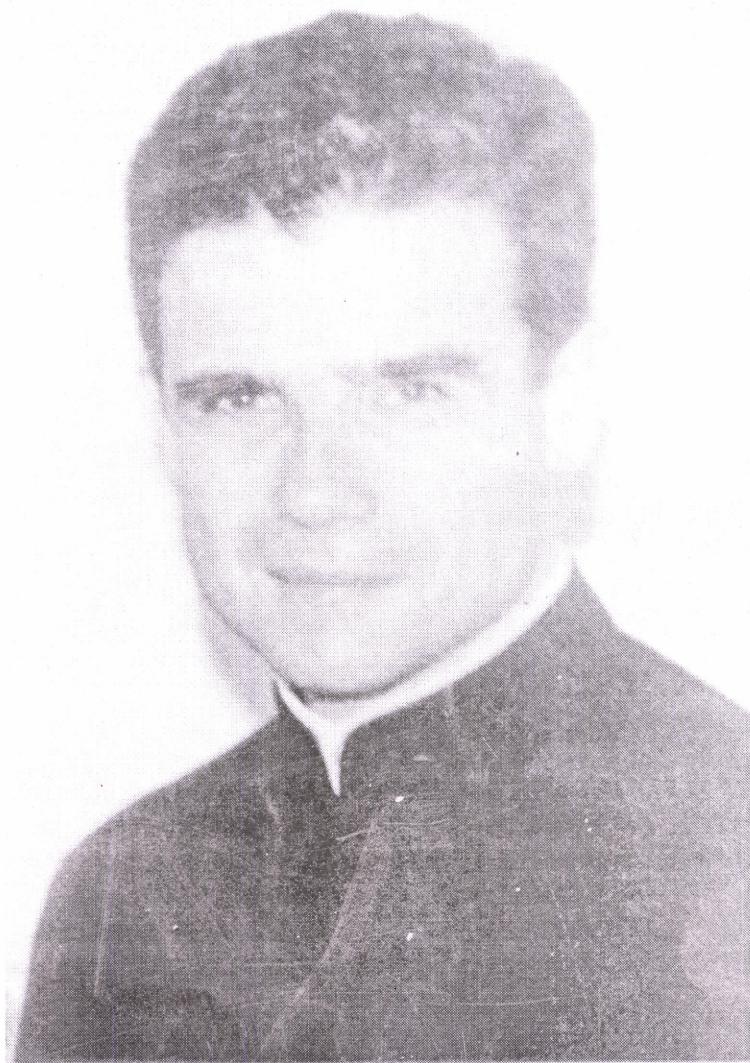


**Inspectoría Nuestra Señora del Rosario
Funes - Argentina**



**Padre
Américo Remiro Ferrero**

13 de octubre de 1921 - 2 de mayo de 2003

Orígenes

La familia Ferrero es oriunda de Volvera, un pueblito del Piamonte italiano. Siete primos viajan en el mismo barco hacia la Argentina. Llegados a Buenos Aires, vaya a saber por qué razón, se reúnen en Díaz, al sur de Santa Fe, desde donde partieron hacia distintos destinos.

José Cipriano, uno de los siete, consiguió que el gobierno argentino le otorgara una parcela de terreno y útiles de labranza en Fidela, Provincia de Santa Fe. Allí se casó con Angela Pisani, una inmigrante igual que él.

Trabajaron tierras feraces, pero azotadas continuamente por mangas de langostas provenientes del Brasil, que llegaban justo para la época de las cosechas y arrasaban con todo lo comestible que encontraban a su paso, lo único que se salvaban eran los paraísos, por su sabor amargo.

Del matrimonio nacen diez hijos: Angel, Pablo, Josefina, Micaela, Florentina, Elvira, Alfredo, Amable, Rosa y el 13 de octubre de 1921, un día después de la celebración del Descubrimiento de América, nace en Vila, Provincia de Santa Fe, el décimo hijo que bautizaron con el nombre de Américo.

Desde muy pequeño inició sus estudios primarios y secundarios en el Colegio Salesiano de Colonia Vignaud, Provincia de Córdoba.

Luego los datos que nos llegan de él nos remiten a Tucumán, en el Colegio Túlio García Fernández, donde durante su Trienio de Magisterio Práctico, actualmente llamado "tirocinio", realiza estudios de técnico mecánico y tornería en el de Tucumán,

Luego del estudio de la teología, el 21 de noviembre de 1948 se ordena sacerdote en Córdoba, y a partir de 1949 estrena su sacerdocio en Ferré, provincia de Buenos Aires, como Maestro y Asistente de esa Escuela Agrotécnica.

En 1950 es destinado a La Paz, Bolivia. Se desempeña como economista y se ocupa de la comida. Importa desde Argentina las primeras ollas de presión, toda una novedad, a tal punto que una de ellas revienta porque una cocinera le tapó la válvula con un palito, "para que no perdiera". Allí hace experiencias con la fermentación alcohólica, elaborando vino en toneles.

Ya sensible a la cuestión social, que estaba agitada en esos años en Bolivia, se definió partidario de Víctor Paz Estenssoro –el amigo del indio- y de su Reforma Agraria. Mientras arengaba a la gente en el mercado de La Paz, lo toman preso, y al ser preguntado por su ideología, afirma ser "peronista", lo cual desorienta a sus interlocutores.

En 1954 lo encontramos misionando en el Chaco paraguayo.

Vuelve a la Argentina nuevamente con destino a la Escuela Agrícola de Ferré, siendo Director el P. Scrosatti. Se desempeña como Profesor de Dibujo Técnico y Taller; investiga la fabricación de hidromiel, y cruza experiencias con los salesianos

de Uribelarrea. Cultiva una amistad muy profunda con el Maestro Bartolomé Gheno y con el P. Isidro Máspoli, entonces prefecto de disciplina.

Nueva misión en Paraguay, y desde 1957 a 1963 se incorpora a la Arquidiócesis de Mendoza.

En 1960 es teniente cura del P. Bertagna en Luján de Cuyo, y mantiene una estrecha relación con los padres del vecino Seminario de Luluuta.

En 1965 lo designan párroco de Chilecito, provincia de Mendoza, pequeña localidad que queda entre Tunuyán y San Rafael, en el Valle de Uco.

Organiza un taller de costura para las chicas en las dependencias de la parroquia y un taller de tornería para los muchachos, en un local que le prestaron en un aserradero. Su inquietud sigue siendo la educación de los jóvenes del pueblo, y se identifica con el movimiento de los “Sacerdotes para el Tercer Mundo”.

Dos veranos seguidos cruza los Andes con el P. Pérez, a lomo de mula, por el paso de las Nieves Negras.

Retorna a Bolivia, y se radica allí hasta 1967, integrándose nuevamente en la presencia salesiana de ese país

En 1968 y 1969 regresa a la Argentina, y atiende y organiza la casa de descanso “El Parador de la Montaña”, en Santa Rosa de Calamuchita, perteneciente a esta Inspectoría de Rosario

En 1973 lo encontramos trabajando junto a Mons. Angelelli en La Rioja, a quien admira por su sencillez y por su opción por los pobres.

En 1975 reingresa a la Congregación Salesiana. “Quien se va sin que lo echen, vuelve sin que lo llamen”, medita con su amigo, el P. José Terzaghi, a quien había conocido en Bolivia; y en 1976 vuelve a la Escuela Agrícola de Ferré.

Su vivencia y pensamiento sobre “la opción por los pobres” chocan con las del régimen militar del Proceso de Reorganización Nacional, y esto origina que la Congregación, para evitar el riesgo de que sea detenido, en 1977 lo envíe al Cuzco, Perú. Allí mezcla las labores pastorales con las de enseñanza de hacer embutidos de cerdo y dulces de frutas. Estando en Perú su salud se resiente y empieza a sufrir malestares del aparato digestivo.

En 1983 retorna a la Argentina, integrándose primero en la Casa de Ejercicios Espirituales de Villa Bustos (Cosquín), y luego en “Las Mercedes”, Manucho.

Desde 1984 lo encontramos nuevamente en Ferré. Continúa desarrollando sus tareas de asistente, confesor y encargado de diversas secciones didáctico-productivas de la Escuela. Durante las vacaciones de verano y se dirige a las sierras de Córdoba, asemejándose al Cura Brochero. Es durante este período, especialmente durante 1985, que construye, con gran esfuerzo personal, una casa de Ejercicios Espirituales en “Huayco”, en las sierras de Córdoba.

En 1986 pasa a Funes, provincia de Santa Fe, seminario menor, como confesor. En sus ratos libres se dedica a la huerta, los frutales y el mantenimiento de instalacio-

nes, brindando sus conocimientos e incidiendo fuertemente en la formación de los futuros salesianos en la dinámica de la cultura del trabajo. Estando en Funes su salud se quiebra: inestabilidad emocional y malestares estomacales.

Dada la profundización de sus dolencias y de sus altibajos emocionales, en diciembre de 1991 es internado en la Casa de Salud Nuestra Señora del Pilar, de Luján, Provincia de Buenos Aires, atendida por los Hermanos de San Juan de Dios.

Allí se lo visita periódicamente por parte de los salesianos y sus familiares más cercanos. Su salud va declinando, mientras su edad avanza.

El 22 de mayo de 2003, a los 82 años, muere asistido por la Hermana Margarita y el equipo de enfermería de la Casa. Agradecemos cordialmente a los queridos Hermanos y Hermanas de esa Clínica que lo atendieron con tanto cariño y le tuvieron siempre un gran afecto.

Apenas fallecido es trasladado al Seminario de Funes y en su Templo se realiza el velatorio, acompañado por los salesianos y algunos familiares: de los diez hermanos sólo viven un hermano y una hermana que lo acompañó en el velatorio. El día 23 de mayo, a las 10 Hs. se rezó la Misa de Exequias, presidida por el P. Vicario Inspectorial, P. Julio César Boffelli, y acompañado por varios Directores y Salesianos amigos del extinto. En la homilía varios sacerdotes aportaron su testimonio y también algún laico.

Todos testimonianon su gran amor al trabajo, su dedicación y su empeño por las Escuelas Agrotécnicas y su pasión evangélica por los más pobres y marginados de la sociedad.

En medio de tantas circunstancias, siempre fue coherente y fiel a los compromisos asumidos como salesiano sacerdote según el carisma de Don Bosco, por los jóvenes más pobres y abandonados.

Al ir concluyendo esta breve semblanza del P. Américo Ferrero, podemos decir que fue un sacerdote profundamente humano, de un corazón extraordinario, atento siempre al sufrimiento de los pobres. Vivió austera mente y todo lo que recibía se lo daba a los pobres. Fue un autodidacta asombroso en los campos de la mecánica y ajuste de motores; hábil carpintero y prolífico albañil; muy competente en Montes Frutales, Poda y luego en la fabricación de dulces y mermeladas... siempre pensando en contentar a sus hermanos y aportar con su trabajo a la comunidad.

Excelente maestro en las Escuelas Agrotécnicas, soñó con la figura del Agrónomo Docente para seguir desempeñándose en las mismas.

Imágenes sobre el "Che" Ferrero

"El P. Américo vivía intensamente la "pobreza franciscana": desprendido de todo lo material, no se guardaba nada para sí; lo ponía todo al servicio de los necesitados. Y lo que era de su uso lo cuidaba con escrupulosidad, como perteneciente a Dios para el servicio de los demás.

Su tiempo lo ponía para los demás. No tenía proyectos estructurados en tiempos y espacios. Sencillamente traía el proyecto de “Paz y Bien” para todos. Y por eso su estilo era salir y encontrarse con las personas, brindarles la ayuda que descubría que podía darles. Sus preferidos eran siempre los más pobres.

Recuerdo que por los años 80 tenía la preocupación por atender a la gente de las sierras grandes, en el Huayco. Quería en cierta forma emular al Cura Brochero, en su estilo y en sus correrías de casa en casa. Allí se sentía a sus anchas, sin estructuras, pero viviendo en total pobreza y precariedad.

Salía en noviembre de la E.A.S. de Ferré, en compañía de “Mingo” Pavlovich, llevando en el Mercedito de la Escuela todo lo que fue acumulando durante el año y que le podía ser útil para la gente del Huayco y para la construcción de un albergue para los adolescentes y jóvenes, para los cuales quería brindar capacitación en oficios que le ayudaran a progresar un poco en su vida. Y allí quedaba viviendo y trabajando para ellos hasta principios de marzo, más o menos, en que regresaba a Ferré, con una bolsita de nylon en la mano con una toallita y un peine, y la ropa puesta. Todo lo demás lo había donado a la gente necesitada. Hasta su salud la dejaba en el Huayco, ya que no se alimentaba bien y no quería gastar en remedios.

De los años que compartí con él en la comunidad de la EAS de Ferré y las veces que fui con alumnos del Agrobosco para ayudarle en el Huayco, me queda la imagen del P. Américo siempre sonriente, como quien se sentía feliz de ver y charlar un rato conmigo: abierto, hablando de sus proyectos, compartiendo sus inquietudes sociales y caritativas con los pobres.

Era profundamente humano. Y su oración, en su sencillez, era auténtica. Y muchas veces me comentaba que ciertos Salmos él los modificaría, pues no respondían a los criterios evangélicos, sino a la mentalidad del Pueblo de Dios del Antiguo Testamento y que para los cristianos sencillos de hoy podrían ser motivos de escándalo, distorsionando la imagen del Dios Padre Bueno y Misericordioso”.

(P. Alejandro Pujalski)

“Una de las características del P. Américo fue sin dudas su gran sensibilidad social. Sus inquietudes afloraban en las conversaciones fraternas, en el enfoque que la daba a la Catequesis y a la predicación, en su oración y en su estilo de vida.

Se trataba siempre de una lucha pacífica, porque Américo fue un hombre pacífico y no violento.

Algunos recuerdos que muestran las ideas de Américo. En noviembre de 1968 me encontraba pasando algunos días con Américo en el Parador de la Montaña. Para entonces el Padre cumplía servicio de encargado de esa Casa de Descanso que la Inspectoría había adquirido. En cierta ocasión que estábamos trabajando duro cortando juntos la leña, me dijo: “tengo que esforzarme para estar bien entrena-do porque pienso viajar a Cuba para participar en la próxima zafra del azú-car y de paso conocer de cerca si las noticias que nos llegan sobre Cuba son auténticas o están filtradas por las agencias norteamericanas”.

A la tardecita, después de la oración vespertina, leíamos juntos los Documentos de Medellín que acababan de ser publicados. Américo los rumiaba entusiasmado, y me decía mientras le brillaban los ojos: “- *¡estas páginas son revolucionarias!* – Y en verdad que lo eran.”

(P. Nestor Gastaldi)

“En mis 50 años en las Escuelas Agrotécnicas he tenido infinidad de amigos con una consagración total a la educación y al aprendizaje; pero creo que “la excelencia” alcanzada por el P. Américo es casi incomparable. Siempre valoró a la persona, sobre todo al menos dotado.

Fue el más austero para gastar en herramientas, pero jamás puso en manos de un alumno un instrumento que no estuviera con el ajuste exacto, el filo óptimo y todas las garantías de seguridad.

Su interés estuvo en la persona y no en la empresa. La calidez de su persona, simple y profunda, era adivinada a la distancia por las personas sanas. Mi necesidad vocacional por la cercanía a nuestros destinatarios tuvo en el P. Américo el mejor estímulo, a pesar de haberme quedado tan lejos de tanta sencillez y generosidad.

Que el Señor nos regale otros Américo.”

(P. Héctor Ellena)

Testimonio

“Kénosis no menos abismal, la de haber dejado en nuestras bocas sus palabras, en nuestras manos sus gestos, en nuestros rostros sus rasgos, cuando ya no pisa con sus pies la tierra, cuando se va para quedarse entragado a nosotros, para que cada uno de nosotros sea para el otro la revelación, o la negación, de ese Dios, la manifestación o el ocultamiento de esa compasión”

(Hugo Mujica)

Me piden que hable de un pequeño hombre grande. La tarea se hace ardua, porque además estoy ante un hombre coherente con lo que eligió como proyecto de vida. Y más difícil es cuando planteo que fue un hombre que marcó una huella en el compromiso por la lucha para que el hombre viva, y su vida tenga sentido, y valga la pena vivirse. Américo fue un hombre comprometido con el hombre y la mujer; luchador por la justicia social y comprometido con su pueblo. En esta nota no voy a hablar de un sacerdote cualquiera, voy a hablar de un verdadero servidor de Dios y los hombres hasta las últimas consecuencias.

Este relato que quiero compartir es imperfecto, pero es la memoria que tengo de Américo, es una memoria que se construye, porque Américo vive.

1. Américo de la tierra

Nos conocimos una tarde en Ferré, en la Escuela Agrotécnica Salesiana. Yo lo confundí con un empleado de la escuela, ya que estaba vestido muy sencillamente y estaba con una azada en la mano en medio de un monte frutal limpiando las plantas de membrillos. En ese primer encuentro él me dijo lo que tenía que hacer; la tarea era limpiar las gramillas alrededor de las plantas. De tanto en tanto Américo controlaba el trabajo. Lo más interesante que me pasó en esa jornada fue verlo a la tarde celebrando misa, era un cura obrero. Se puede decir que ese día me encontré con una figura paradigmática, de esas que pasan por la vida de cada uno de nosotros diciendo tantas cosas.

Pasaron los años y un buen día vino al aspirantado como formador. Yo descocía en ese momento que él pudiese haber estado enfermo. Cuando supe que no venía de visita por la casa sino que se quedaba con nosotros, me alegré muchísimo, y con el tiempo me fui haciendo cercano y amigo de este padre y maestro con mayúsculas.

La amistad tuvo sus bemoles, porque como instructor en la huerta, lo padecí. Era un tipo muy exigente y le gustaban las cosas bien hechas, no era un tipo a medias y mediocre, apostaba siempre por la perfección en lo que hacía. Era bastante observativo, pero esto nos iba formando en la exigencia y nos iba mostrando que si ibas a trabajar con Américo había una forma característica de hacer las cosas, sino perdías el laburo al instante. Su frase característica era "se trabaja bien o no se trabaja, no hay dos maneras" y la cumplía a rajatabla. Ahora bien, en ese trabajo en la huerta, te hacía gustar la tierra, te hacía apasionarte, te enseñaba con pocas palabras e inclinando hacia la tierra, en una actitud de respeto y veneración hacia la madre de todas las cosas, te daba su ejercicio práctico de carpido, sembrado, riego, raleo y otros términos que ya hoy no los recuerdo.

Una de las cosas que nunca voy a poder olvidar era cuando volvíamos del trabajo. Llegábamos a la sala de herramientas y cada cual dejaba su herramienta, muchos en ese momento queríamos zafar de tener que limpiarlas, y él te hacía quedar y te enseñaba de buenas maneras como dejar en condiciones una pala, una azada, un rastrillo, porque te hacía dar cuenta, te hacía reflexionar de que mañana te esperaba el trabajo y que esa herramienta debía preservarse para poder realizar la actividad. Sistema preventivo aplicado al arte del cuidar las cosas y darles el uso que corresponde.

Américo de la tierra estaba en la huerta de sol a sol. En los tiempos en que llegó al aspirantado había días que cumplía sus turnos de trabajo de una manera rigurosa. Con frío o con calor salía al campo a las primeras horas del día. De esta manera no por nada esas tierras heredaron su nombre y su memoria, y más tarde en su homenaje llamamos a ese terreno: "Huerta Padre Américo"

2. ¿Dónde está "el Chefe"?

Una de las tareas que venía a cumplir como formador era ser confesor. La tarea de Américo se recrudecía los domingos en la escucha interminable a la gente que acudía a los confesionarios del Templo de María Auxiliadora, en Funes. Escuchaba a la gente con pasión y se quedaba terminada la misa hasta que pudiese confesarse el último que necesitase el perdón y la sensibilidad de un Dios que se encarnó.

Américo, a pesar de sus años y sus esquemas, te devolvía a la cotidaneidad reconciliado con la vida. Era un tipo que sabía ponerse en tu lugar, que siempre te daba un consejo para la vida, que te escuchaba desde la comprensión y la sensibilidad de un hombre que también se sabía pecador y necesitado. Esa experiencia de sentirte escuchado era lo que uno buscaba cuando ibas al encuentro de Américo.

Es que este cura sabía ponerse en tu lugar. No en vano había conocido al hombre como misionero en Bolivia o en Villa Cura Brochero en Córdoba o donde lo llamara el servicio a la humanidad. Es por eso que podemos hablar de un verdadero sacerdote al servicio, al igual que Jesús de Nazaret, de su pueblo y del Reino de Dios. Y por esto podemos decir que Américo era un hombre que tenía una causa: el Reino de Dios y su justicia.

No puede haber justicia en este mundo si el hombre no puede vivir en dignidad, y allí nace "el chefe" hombre comprometido, humano, hermano, padre, cercano, que te escucha, que te comprende; que camina y lucha por tu dignidad; que sale a la tierra para enseñarte a sobrevivir; que te capacita en un trabajo concreto; que camina junto con otros para que puedan ser libres y ser hijos de Dios, como Dios los quiere. El "chefe" se hizo en el su andar por los caminos de América combatiendo para que el hombre viva.

Conclusión

No me siento capacitado para hablar de sus últimos años y de su enfermedad, pero lo acompañé en el dolor y supo ser maestro en el sufrimiento. Me hubiese gustado otra suerte para él, pero le tocó pelear con el sufrimiento y la enfermedad y no tuvo miedos y supo hablarnos a aquellos que nos acercábamos a él en esos momentos, en su "noche oscura". Las palabras no fueron su fuerte en los últimos años, pero su silencio nos pide contemplar su vida y caminar su causa, que es la misma del nazareno.

(Diego Keser, San Jerónimo Sud, 20 de julio de 2003)

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Nació en Colonia Fidelia (Santa Fe), el 13 de octubre de 1921.

Murió en Luján (Provincia de Buenos Aires), el 22 de mayo de 2003,
a los 82 años de edad, 64 años de profesión religiosa
y 55 años de ordenación sacerdotal.